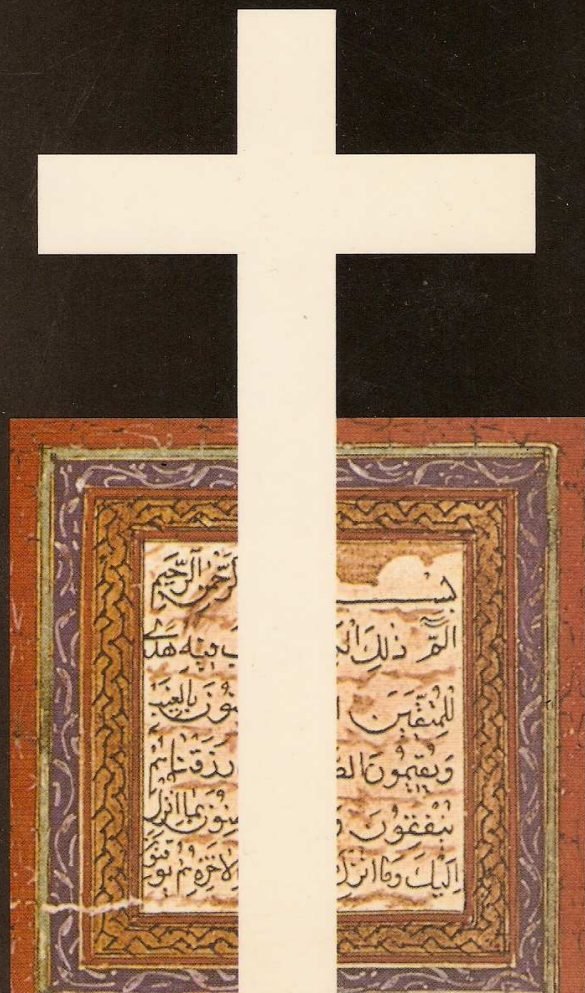


JESUCRISTO O MAHOMA

UN ANALISIS CRISTIANO DEL ISLAM

DR. FERNANDO D. SARAIVI



Dr. Fernando D. Saraví

Jesucristo o Mahoma

Un análisis cristiano del Islam



Índice

PRÓLOGO	7
PREFACIO	9
El Islam: Introducción.	11
I. Historia	13
II. Escritura y tradiciones	23
III. Doctrinas	28
1. Dios	28
2. El universo.	33
3. La revelación	34
4. La salvación	44
5. El estado intermedio, la resurrección y el juicio final	48
IV. Prácticas.	51
V. El sufismo	64
VI. Crítica cristiana del Islam	69
1. Fuentes del Corán	69
2. Doctrinas del Corán	77
VII. Resumen.	87
Bibliografía	90
Apéndice: La fe universal Bahá'í	
La fe universal Bahá'í.	95
I. Historia	97
II. Doctrinas	102
1. Dios	103
2. La revelación	105
3. El universo.	113
4. El hombre y la salvación.	114

5. <i>Escatología</i>	116
III. Organización y prácticas	119
IV. Crítica cristiana	122
V. Conclusiones	132
Bibliografía.	134

Nota: A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas del Antiguo Testamento provienen de la *Biblia de Jerusalén* (2ª ed., Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975) y las del Nuevo Testamento de la *Reina Valera Actualizada* (Mundo Hispano, El Paso, 1987).

Prólogo

Hace tiempo que el Islam dejó de ser una religión de Oriente; actualmente es mundial. Además, no se trata solamente de un conjunto de creencias, sino de todo un estilo de vida que afecta las artes, la jurisprudencia, la política nacional, las relaciones exteriores, la familia, la posición de la mujer, y la cosmovisión de sus adeptos, por mencionar solamente algunos aspectos sobresalientes. Por ello, afecta la vida de una multitud de seres humanos que hoy suman cerca de mil millones, o sea una quinta parte de la humanidad.

Esta proporción está en constante crecimiento, debido al poder económico, la fuerza política y la labor proselitista de los islamitas. En todas partes del mundo, incluso en nuestra América Latina, el número de musulmanes crece continuamente.

Nuestra comunicación con los adeptos al Islam no es, en general, buena. Debemos confesar sinceramente que muchos de nosotros tenemos prejuicios en contra de los islamitas, en parte derivados de lo que aprendimos en la escuela, como la imagen del feroz guerrero sarraceno blandiendo su sable.

El rechazo se ha acentuado con las cotidianas noticias de la prensa internacional sobre atentados, explosiones y piratería aérea, que muestra al Occidente la peor faceta del Islam, y lleva a concebirlo como una religión de violentos, a los cuales vale más evitar que comprender.

No debemos equivocarnos: ellos son gente como nosotros, con sus defectos y virtudes, con sus esperanzas y necesidades de amor, cariño, interés. Tienen en

alta estima a la familia, la hospitalidad y la lealtad. Quieren ante todo ser fieles a Dios, y pueden ser extraordinariamente cálidos y afectivos.

Como embajadores de Cristo, es nuestro deber amarlos e interesarnos en sus vidas actuales y sus destinos eternos. Debemos servirles por amor a Jesucristo, Señor nuestro y Señor también de ellos. Muchos viven en tierras lejanas, mientras que también hay cientos de miles en nuestro propio continente. Unos y otros necesitan conocer a Jesús.

Para posibilitar la evangelización de los musulmanes, es ante todo imprescindible entender el origen y la base de la religión que colorea todos los aspectos de su vida. Debemos saber cómo piensan y sienten, y por qué.

Para ello se escribió *Jesucristo o Mahoma*. Celebramos la aparición de esta oportuna obra de Fernando Saraví, quien con atinado criterio ha realizado una enjundiosa síntesis del origen y el fundamento del Islam, complementada por una precisa comparación de las semejanzas y diferencias entre la fe islámica y la fe cristiana.

Quien se interese genuinamente por comprender a los musulmanes y en ganarlos para Cristo, hallará en estas páginas una valiosa fuente de recursos. ¡Es mi ferviente anhelo que este libro sirva para extender el glorioso Reino de Dios entre nuestros vecinos islámicos!

Pastor FEDERICO A. BERTUZZI
Director Nacional de Misiones Mundiales
Vicepresidente para Latinoamérica de
COMIBAM Internacional

Prefacio

De las grandes religiones del mundo, dos se destacan especialmente por su celo misionero, que se refleja en una expansión constante. Ellas son el Cristianismo y el Islam. Con dos mil años de historia, el Cristianismo es seis siglos más antiguo que el Islam, y tiene un 60% más de adeptos en el mundo. Claro está que en esta cuenta se incluyen los cristianos de todas las iglesias y denominaciones, cuyo grado de compromiso con el evangelio dista de ser uniforme.

El crecimiento del Islam en los últimos años ha sido espectacular, incluso en Occidente. Ello ha sido posible, paradójicamente, por la libertad religiosa establecida como un principio cristiano de mutuo respeto. Todo lo contrario ocurre en los países musulimes, en la mayoría de los cuales la libertad de cultos es impensable, y toda actividad religiosa no islámica es reprimida por el estado.

Ya que, a pesar de sus creencias en común, el Islam y el Cristianismo sostienen muy diferentes concepciones sobre la divinidad, sobre Jesús, sobre la revelación y la salvación, y tales diferentes ideas llevan inevitablemente a prácticas diversas y aun contrapuestas, es necesario conocer cuáles son esas diferencias y, sobre todo, entender el fundamento de la fe islámica.

Tal tarea se hace tanto más urgente cuando vemos tanto la agresividad proselitista islámica, como el ciego fanatismo que muchas veces la sustenta. Basta recordar las atrocidades del Ayatollah Jomeini, y más recientemente, la apelación a la guerra santa hecha por Saddam Hussein durante la Guerra del Golfo.

Estas cosas no son incidentales, sino que forman parte de la naturaleza misma del Islam.

Para aquellos que consideramos la libertad de cultos como un bien inapreciable de nuestra sociedad moderna, al mismo tiempo que una grave responsabilidad evangelística, es claro que la respuesta al avance del Islam es una contraofensiva cristiana, no con ejército ni con espada –como aquellos desdichados cruzados medievales–, sino con el poder de Dios desatado por Su Espíritu y Su Palabra.

En consecuencia, he compuesto esta breve obra sobre la historia, creencias y prácticas islámicas, y su valoración y fundamento desde la óptica cristiana. Según la Biblia, no hay más grande Profeta, ni otro Salvador, que el Señor Jesucristo.

Me ha parecido conveniente insertar un apéndice relativamente extenso sobre un retoño del Islamismo que ha obtenido un lugar relativamente importante en Occidente, cual es la fe Baha'i. Al igual que el Islam, el Bahaísmo menosprecia la persona de nuestro amado Señor y Salvador Jesucristo al considerarle uno más en una larga lista de profetas.

Si esta obrita ayuda a llevar siquiera un musulme a los pies de Jesús, entonces Dios habrá sido glorificado, y mi tarea no habrá sido en vano.

SOLI DEO GLORIA

Mendoza, septiembre de 1991
DR. FERNANDO D. SARAVÍ

Agradecimientos: Al personal de las bibliotecas Central y de la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad Nacional de Cuyo, por su gentil colaboración.

A la hermana Silvina Barrault, que transcribió el apéndice sobre bahaísmo.

EL ISLAM

Introducción

La ilaha illah' muhammadun rasulu'llah.
«Hay un (solo) Dios, Mahoma es el enviado de Dios.»

El Islam es la más joven de las grandes religiones vivas, y la tercera gran religión monoteísta luego del Judaísmo y del Cristianismo. El vocablo *islam* es el infinitivo de un verbo árabe que significa «entregar» o «encomendar completamente»; la palabra *muslim*, y su equivalente persa *musulmán*, corresponde al participio del mismo verbo: el musulme es el *completamente entregado a la voluntad de Dios*. Islam y musulme equivalen entonces, respectivamente, a monoteísmo y monoteísta.

Los musulmes son también llamados mahometanos, y su religión mahometismo, una terminología que ellos rechazan porque podría entenderse en el sentido de que ellos adoran a Mahoma, el fundador del Islam, cosa que consideran idolatría. Empero, como dice Gibb:

«Sin embargo, el término mahometano no carece en sí de justificación. De los dos artículos de la profesión de fe básica de los musulmes, “Hay un solo Dios y Mahoma es su Profeta”, son muchos los que pueden convenir en el primero, además de los musulmes, mientras que el segundo es el que distingue al Islam de todas las demás religiones» (p. 10).

Desde su nacimiento en el siglo VII de nuestra era, en Arabia, el Islam ha crecido hasta ser la religión principal del norte de África, el Asia Occidental, y el Asia Central. En 1906 el número de musulimes se estimaba en 233 millones; en la década de 1970 rondaba los 700 millones y hoy debe de superar los 900 millones.¹ En nuestro siglo, entonces, el Islam ha experimentado un explosivo crecimiento (sobre todo a partir de la crisis del petróleo) y una renovación de su conciencia misionera que ha llevado a una amplia labor proselitista no sólo en su territorio de influencia tradicional, sino incluso en Occidente. Hace algunos decenios, Margoliuth observaba:

«El Islam, como religión, se ha recomendado con frecuencia por su sencillez, ya que las obligaciones que impone, aunque considerables, son definidas, y los dogmas que obliga a aceptar son inteligibles a primera vista... El Islam vuelve a la religión natural... Acepta la moneda humana como verdadera medida de valor, y paga en esta moneda en este mundo o en el otro.»

1. Cifra tentativa de Federico A. Bertuzzi, *Panorama Mundial de las Misiones actuales en La Argentina en Misión Mundial* (Misiones Mundiales, Santa Fe, 1989, p. 121). Shorrosh da la cifra de 893.230.200 musulimes en 1984 (p. 43).

I. HISTORIA

En el siglo VI, el pueblo árabe estaba dividido en numerosas tribus que contendían continuamente entre sí. Aunque se reconocía generalmente la existencia de un Dios supremo (*Allah* = Dios), la religiosidad popular era politeísta, idolátrica y supersticiosa. Por otra parte es seguro que también existían entonces en Arabia comunidades judías y grupos cristianos heterodoxos.

Una de las ciudades principales de la península arábiga era La Meca, a la vez centro comercial y paso obligado de las caravanas que iban desde el Yemen hacia el cercano Oriente, y centro religioso de peregrinación. Allí se alzaba el santuario llamado la *Caaba* (el Cubo), donde junto a numerosos ídolos había una piedra negra que era objeto de especial veneración por parte de las tribus del desierto. Las peregrinaciones eran posibles merced a una tregua anual, de varios meses, de las interminables rencillas tribales.

En esta ciudad nació, hacia el 570, Ahmmad o Mohammed, hijo de Abdalá y Amina, del clan Hasim, una rama empobrecida de la poderosa tribu coreixita que controlaba el comercio y el culto en La Meca. Mohammed (= Mahoma) quedó huérfano a temprana edad, por lo que fue criado por un tío, y fue, como otros profetas, pastor en su juventud. Posteriormente entró al servicio de una rica viuda cuarentona llamada Jadiya, y pronto llegó a ser su hombre de confianza en el comercio. Mahoma desposó a Jadiya, unos quince años mayor que él, y pese a la diferencia de edad la pareja fue muy feliz y tuvieron varios hijos (fallecidos a temprana edad) e hijas, de las cuales la más conocida es Fátima. El futuro profeta adoptó también a un esclavo liberto llamado Zeib bem Hereta.

Hacia el año 610 Mahoma, que se había retirado al monte Hira para meditar, tuvo una visión del cielo y se le apareció un ángel (¿Gabriel?) para anunciarle su misión y mostrarle un libro. Como Mahoma dudase, el ángel le dijo:

«¡Recita en el nombre del Señor, que te ha creado,
ha creado al hombre de sangre coagulada!
¡Recita! Tu Señor es el Munífico
que ha enseñado el uso del cálamo;
ha enseñado al hombre lo que no sabía»
(Corán, 96:1-5).²

Desconcertado, Mahoma buscó el consejo de su amante esposa, la cual creyó en su misión y en la realidad de la revelación recibida. El profeta continuó recibiendo revelaciones, y pronto reunió en torno a sí un pequeño grupo de seguidores, los cuales fuera de parientes suyos como Jadiya y su primo Alí ibn abi Talib, esposo de Fátima, eran gente pobre. En esencia, la predicación de Mahoma cuestionaba fuertemente tres aspectos de la cultura árabe entonces presente:

1) En el plano *teológico*, oponía a un monoteísmo estricto a la idolatría corriente.

2) En el plano *social*, denunció el modo de vida feroz, arrogante y vengativo de sus compatriotas, que los llevaba a constantes rencillas tribales.

3) En el plano *moral*, reaccionó contra la inmoralidad sexual y contra aberrantes prácticas corrientes, como la infame costumbre de enterrar vivas a las niñas recién nacidas.

Como era de esperarse, pronto hubo una reacción

2. Las citas del Corán corresponden a la versión en español preparada por Cortés; en lo sucesivo se abrevia «C», seguido del número de capítulo y versículo(s).

opuesta a la predicación del Profeta, cuyas revelaciones adquirían mayor severidad cada día. Empero la oposición no se dirigió directamente hacia Mahoma, que gozaba de la protección de su familia, sino contra sus seguidores más desposeídos, que debieron refugiarse en Abisinia. El Profeta pudo continuar su prédica no sólo por contar con la protección de su clan, sino también porque la oposición carecía de organización. Por ese entonces, peregrinos procedentes de la ciudad de Yathrib, situada al norte de La Meca, aceptaron el mensaje de Mahoma y le llamaron como mediador en sus conflictos. Frente a un ambiente mecánico cada vez más adverso, el 16 de julio de 622 Mahoma abandonó su ciudad natal con rumbo a Yathrib. La fecha de esta huida o migración (Hégira) marca el nacimiento de la era islámica;³ ello basta para dar idea de la importancia que los musulmanes dan a esta migración. Desde entonces, Yathrib comenzó a ser llamada «La ciudad del profeta» (*al madinat an nabi*), y luego simplemente Medina, la Ciudad.

«La emigración a Medina y la abierta ruptura que de ella resultó con los habitantes de La Meca eran a los ojos de los contemporáneos y compatriotas de Mahoma un paso amoral. Desatendiendo en un punto tan importante los sentimientos éticos de sus compatriotas, Mahoma contraponía conscientemente a la ética tribal del paganismo la ética universal de la nueva religión, que incluía la exigencia de la igualdad de todos los hombres ante Allah, así como de la fraternidad entre todos los creyentes» (Gottschalk, p. 11).

3. El año musulmán es lunar, sin corrección solar (354 días). Para relacionarlo con los años de la era cristiana (d.C.), debe emplearse la siguiente ecuación: Año d.C. = 0,97 x año de la era islámica + 622; a la inversa, Año de la era islámica = (año d.C. - 622) / 0,97.

Los siguientes años en Medina fueron ricos en nuevas y detalladas revelaciones. En este tiempo, Mahoma logró además ganar para su causa a la mayoría de los medinenses árabes, a quienes organizó y disciplinó; con esto mostró ser un excelente político y un buen militar, además de un carismático líder religioso. Empero, fracasó por completo en ganar para el Islam a la comunidad judía de Yathrib. Una desagradable sorpresa para el Profeta, quien creía que su mensaje era consonante con las creencias judías. En esto no estaba muy lejos de la verdad, mas la intransigencia de aquellos judíos impidió el diálogo y luego incluso la convivencia con los musulimes. Diversas revelaciones de la época reflejan el distanciamiento entre musulimes y judíos: la dirección en la que había que orar (*al quibla*) cambió de Jerusalén a La Meca, se instituyó el ayuno en Ramadán, y se adoptó un calendario lunar en lugar del lunisolar judío. A la postre, los judíos fueron combatidos y desterrados o exterminados.

Tras años de escaramuzas entre mecenos y medinenses, Mahoma logró acordar con aquéllos un pacto muy favorable. Por ese tiempo, el Profeta contaba con cada vez más partidarios y menos enemigos, de manera que en el año 630 pudo finalmente entrar victorioso en La Meca, sin derramamiento de sangre. Contra la consuetudinaria costumbre árabe, el Profeta se abstuvo sabiamente de vengarse de sus antiguos enemigos, actitud que comprensiblemente aceleró la conversión de éstos a la nueva fe. Destruyó los ídolos de la Caaba, pero conservó el santuario y la Piedra Negra, dedicándolos a Allah, al igual que ciertos rituales paganos que se incorporaron a la nueva fe monoteísta. Para el tiempo en que el Profeta falleció, el 8 de junio de 632, la mayor parte de la península era musulime. Antes de morir, pidió perdón a todos por las ofensas que pudo haber cometido; al parecer, a la hora de su muerte te-

nía conciencia de haber completado la misión que se le había encomendado.

«Hoy os he perfeccionado vuestra religión, he completado Mi gracia en vosotros, y Me satisface que sea el Islam vuestra religión» (C. 5:3).

Cabe destacar que la predicación de Mahoma sufrió un interesante desarrollo que, partiendo de una prédica intransigente y muy crítica, se fue transformando a partir de la Hégira, en una legislación que tendía a ordenar, más que a prohibir, las costumbres árabes prevalentes. Aunque Mahoma se mostró terminante en la cuestión del monoteísmo estricto, en cambio conservó la Caaba como lugar de culto y proclamó La Meca como Ciudad Santa; derivó las rencillas tribales en dirección a la Guerra Santa; reglamentó la poligamia y el concubinato, lo mismo que la esclavitud; y adujo una serie de revelaciones que claramente se encaminaban a justificar su conducta, como el caso de su propia poligamia. La evidencia histórica indica que Mahoma estuvo lejos de predicar con su ejemplo, y que empleó su posición de profeta para convalidar mendazmente su propia conducta muchas veces cuestionable.

Es necesario mencionar, siquiera de paso, a las esposas del Profeta. Tras la muerte de Jadiya, en 619, Mahoma desposó a otra viuda, Sanda. Su tercer matrimonio, ya en Medina, favoreció a la bella y posesiva Aixa, por entonces de diez años de edad e hija de su gran amigo Abu Bekr. Siguiéron Hafza, hija de Omar; Seineb, mujer repudiada por su hijo adoptivo Zeid; Juariya, prisionera de guerra; las viudas Um Selma y Um Habiba; las judías Rihana y Zafiya; la joven esclava cristiana etíope Maryam; y su sobrina Maimuna, hija de Abbás. Algunas de estas mujeres influenciaron con toda probabilidad las enseñanzas del Profeta, y

otras tuvieron un papel importante en la historia del Islam con posteridad a la muerte de Mahoma.

Un hecho curiosísimo y de graves consecuencias para la historia musulime es que Mahoma no hizo provisión alguna para su sucesión. Sus seguidores debieron entonces elegir un *Jalifa* (califa), o sea, un vicario o sucesor del Profeta. El primer califa fue Abu Bekr el Honesto (632-634), quien con la ayuda del eximio general Jalid ibn al-Walid, llamado *La espada de Dios*, logró superar serios conflictos internos, consolidar la unidad del naciente estado islámico y aun vencer a los bizantinos en el primer encuentro con las huestes del Imperio Romano Oriental. Mahoma había exhortado a los estados vecinos a adoptar la nueva fe islámica, cuya validez era universal; el segundo califa, Omar (634-644), el *Emir de los Creyentes*, emprendió la conversión forzada a través de la Guerra Santa con un ejército bien preparado, y por sobre todo persuadido de que tenía a Dios de su parte. A la conquista de Siria en 636, le siguieron pronto las de Persia y Egipto. Omar organizó la milicia, estableció jueces (*gadis*), fijó el comienzo de la era islámica en el año de la Hégira, y consumó la expulsión de los cristianos y los judíos del territorio árabe.

El tercer califa fue el yerno del profeta, Utmán (644-656), que no estuvo a la altura de sus predecesores. Bien intencionado, pero indeciso y dado al nepotismo, Utmán debió enfrentar nuevos conflictos internos que debilitaron, aunque sin detenerlo, el avance conquistador musulime. Su mayor obra fue la de establecer un texto definitivo oficial del Corán, y eliminar en el proceso las diversas variantes textuales entonces existentes.

El cuarto califa, primo y yerno de Mahoma, fue el bello y sabio Alí, quien transcurrió su breve gestión (656-661) en intentos de sofocar la oposición interna

encabezada por el gobernador de Siria, Moawiya, y la viuda de Mahoma, Aixa. Cuando Alí se avino a un arbitraje para determinar su derecho al califato, un grupo de sus propios seguidores consideró esta actitud como opuesta a la voluntad divina; eran los *jarichíes* (los que salen), o disidentes, quienes desde entonces se involucraron en violentas contiendas que habrían de ser reprimidas con una crueldad inusitada. Fue precisamente un jarichí quien asesinó a Alí, lo cual le permitió a Moawiya hacerse cargo del califato sin rivales.⁴

La muerte de Alí y la usurpación de Moawiya dieron lugar a una nueva escisión en el Islam, la llamada *Shi'a*, la única secta cismática que perdura hasta hoy. Los *shittas* o partisanos (de Alí) reclamaban el derecho exclusivo al califato de los descendientes del cuarto Califa, lo que implicaba considerar usurpadores a los primeros tres califas, una idea rechazada por el resto de los musulimes. La *Shi'a* comenzó entonces como un movimiento de reivindicación política, que ocultaba a medias la oposición al califa reinante de los musulimes iraqués y sirios. A la larga, la *Shi'a* desarrolló empero un fundamento doctrinal para sus pretensiones políticas, e incorporó elementos religiosos de origen babilonio, persa e hindú. Tras la muerte de Husein, el último aspirante al califato de la familia de Alí, en 680, el shiísmo incorporó la noción de *Imam* o Guía como absoluta autoridad tanto en lo político, al igual que los califas, como en lo religioso. Probablemente por influencias babilónicas, los Imames fueron luego idealizados como encarnaciones de la divinidad. El último Imam, *el Esperado*, desapareció en 873 pero habría de

4. Los *Jarichíes* eran extremadamente estrictos en sus observancias religiosas y, contra la noción prevalente de que sólo un árabe podría ocupar el califato, sostenían que cualquier musulmán devoto podría hacerlo, sin importar su raza o posición social.

retornar en el futuro. El shiísmo incorporó además diversos elementos esotéricos. A partir del siglo XVI y hasta hoy esta rama esotérica y sincretista del Islam, predominó en Persia.

Moawiya estableció la capital islámica en Damasco, y fue el fundador de la dinastía Omeya, que retuvo el califato hasta 750. Los Omeyas dieron gran impulso a la Guerra Santa: Conquistaron el norte de África, invadieron Iberia –donde los musulimes permanecerían hasta el siglo XV–, y sólo fueron detenidos por el general franco Carlos Martel en la batalla de Tours o Póitiers, en 732. En el año 750 el Islam controlaba toda la península arábiga, el Oriente Medio, el norte de África y casi toda Iberia.

A partir de 750 y durante siete siglos, gobernaría el Islam la dinastía abásida, que fijó su capital en Bagdad. Desde el siglo XV fueron los musulimes turcos quienes dominaron el Islam, y en 1453 dieron el golpe de gracia al decadente imperio bizantino. El califato pasó entonces a los turcos, y permaneció nominalmente con ellos hasta 1924, fecha en que desapareció el califato como institución.

El surgimiento y la expansión islámicas modificaron profundamente el mundo conocido. Para los pueblos árabes, la nueva fe sirvió al mismo tiempo de unificador y de acicate para las conquistas militares y el desarrollo de las ciencias y las artes. Al amparo del Islam creció una vigorosa civilización que influyó a Europa y a través de ésta a todo el mundo.

Como veremos, Mahoma consideró tanto a judíos como a cristianos «Pueblos del Libro», en una categoría superior a los «asociadores» o idólatras, lo cual permitía teóricamente la convivencia pacífica de musulimes, judíos y cristianos, y de hecho así fue al principio. Esta situación mudó drásticamente como consecuencia de las Cruzadas, expediciones guerreras que los cristia-

nos europeos llevaron a cabo con el supuesto propósito de arrancar la santa ciudad de Jerusalén de los «in-fieles» musulimes. Las cruzadas no sólo resultaron un fracaso, sino que dificultaron, hasta imposibilitarla, la vida de los cristianos que moraban en territorio islámico: La expulsión de los musulimes de España por parte de los reyes católicos Fernando e Isabel a fines del siglo XV, fue otro hito en la historia de las hostilidades entre Cristianismo e Islamismo. Y mientras que en todos los países de Occidente existe hoy libertad religiosa que permite a los musulimes predicar a Allah y su Profeta en nuestras naciones, la vinculación entre la religión y el estado es muy fuerte y persistente en los países islámicos, en muchos de los cuales la predicación cristiana está prohibida y la conversión del Islam a Cristo está penada por la Ley.

«Alrededor de un millón de cristianos armenios fueron salvajemente masacrados por los musulimes turcos a comienzos del siglo XX... Según un informe... por los profesores de la Universidad de Kartum, Ushari Mahmud y Suleimán Alí Baldo, más de mil ciudadanos dinkas, incluyendo mujeres y niños, fueron masacrados en la ciudad de *Diem*, en el Oeste de Sudán en 1987. El periódico *Baptist Record* añadió que docenas de pastores han sido asesinados y muchas iglesias (fueron) destruidas desde que se impuso la ley islámica en 1983, cuando el Sudán fue declarado oficialmente una república islámica.

»Otro informe apareció en el boletín de la Alianza Mundial Bautista de septiembre de 1987, indicando que 130 templos eclesiásticos y viviendas de pastores de todas las denominaciones fueron destruidas por alborotadores musulimes en el estado de Kadona, en Nigeria.

»En los países islámicos, se les prohíbe a los misioneros cristianos predicar a los musulimes. Algunos gobiernos prohíben incluso absolutamente toda activi-

dad cristiana en sus países particulares (Libia, Afganistán y Arabia Saudita). De hecho, para obtener ciudadanía en Arabia Saudita es preciso ser musulme.

»La libertad religiosa es desconocida donde el Islam es el credo de la mayoría. Por supuesto los musulmes se apresuran a aprovechar a fondo la libertad religiosa que se practica en todo el mundo occidental. Esto se demuestra en los centros musulmes establecidos en cada ciudad importante europea o estadounidense en los últimos quince años. Francia no tenía sino una mezquita hace quince años. Hoy hay mil quinientas» (Shorrosh, p. 171s).

Por el contrario, la otra gran religión monoteísta, el Judaísmo, resultó en conjunto beneficiada por la expansión islámica, a pesar de que en la misma Arabia los judíos fueron perseguidos y expulsados (mayormente a causa de su propia actitud). Margoliuth resume bien esto al escribir:

«Para los judíos de fuera de Arabia, la conquista musulmana fue probablemente una bendición del cielo... la conquista islámica elevó al judaísmo y, prácticamente, toda la literatura judía está modelada según la que floreció en los Estados Islámicos.

La nueva religión (el Islam) aproximábase más al judaísmo que al cristianismo. Además, el lugar que los adeptos de Mahoma reivindicaron era muy distinto del que los cristianos asignaron al Fundador de su fe: *Las diferencias entre el Islam y el judaísmo son triviales, las existentes entre el Cristianismo y los demás sistemas, vitales*. De aquí que fuera de Arabia, el triunfo del nuevo sistema resultó para el judaísmo una infusión de vida» (p. 62; subrayado mío).